

Modelo de una fe viva

Jóvenes integrantes del Movimiento apostólico de Schoenstatt participan de las misiones casa por casa en España. Lisa Ludwig, de Alemania, estuvo allí

Por Clemens Mann

Lisa Ludwig, una joven alemana, está en el equipo con Pablo, un joven español. Ambos están en Asturias, en una pequeña aldea del norte de la península ibérica, y van de puerta en puerta con una imagen de la Madre tres veces Admirable de Schoenstatt. El día es inusualmente frío y lluvioso para lo que es habitual en España en esta época. Lisa tiene frío. Pero esto no les impide a los dos jóvenes llamar a la puerta de la siguiente casita. Pero permanece cerrada. Nada se mueve allí.

Para llevar a la gente una espiritualidad mariana

Es una escena típica la que acaba de presenciar esta eficiente empleada bancaria, que va de nuevo al colegio en Würzburg para concluir su postergado bachillerato.

Junto con otros ochenta jóvenes del Movimiento de Schoenstatt, el pasado verano participó de las misiones en el norte de España. Para Lisa, nacida en el distrito de Aschaffenburg, en Würzburg, las misiones significaron vivir una semana en las condiciones más sencillas para dar testimonio de su fe y para llevar a la gente su espiritualidad mariana y sus convicciones cristianas. “Queremos llevar algo de vida a las parroquias, invitar a distintos actos y a momentos de oración. Queremos hablarle a la gente que está interiormente alejada de la Iglesia. Nos acercamos a ellos y los buscamos donde quiera que estén”, afirmó Lisa. No tiene nada que ver con un esforzado discurso sobre la fe.

“Queremos ser modelos de una fe viva y con ello hacer reflexionar a la gente”. La idea de las misiones surgió originalmente en la juventud schoenstattiana de América latina. Este modo de nueva evangelización allá es parte de la vida de las parroquias. Por supuesto que no lo hacen solamente los jóvenes sino que participan también las parroquias y las familias: durante las vacaciones visitan pequeñas ciudades y pueblos en sus países. Hace dos años Lisa participó por primera vez en las misiones en México, durante una estadía de once meses en un centro de Schoenstatt, donde ayudó en el trabajo doméstico y participó en las actividades de la juventud. En esa ocasión se reunieron, para Semana Santa, 230 misioneros de todo México. “En realidad en aquel entonces no sabía nada de lo que me esperaba, pero quise correr el riesgo”. Lisa recuerda que los indígenas a los que visitaron los misioneros casi no hablaban castellano. Pero siempre le bastó con invitar amablemente a participar en los programas que los misioneros habían preparado para los niños, adultos y ancianos.

A esta joven de 22 años le gusta la idea de que “la fe, que llegó a Sudamérica desde Europa por la conquista española, ahora vuelva a Europa por medio de las misiones”. El Movimiento de Schoenstatt ya realiza estas misiones en España, Italia y Portugal. Se quiere probar también en otros países, como por ejemplo en Alemania. Lisa sabe que en cada país las misiones tienen distinto aspecto. “En España, por ejemplo, visitamos hogares de ancianos y clínicas para enfermos de SIDA”. En México, en cambio, es muy importante el aspecto caritativo. Cada misionero recibe allá una esquila antes de salir, en la que están anotados los alimentos y demás enseres que debe llevar. “Son solamente algunas pequeñeces, pero con ello se puede regalar mucha alegría”, cuenta Lisa. Aún hoy habla de esas misiones con un palpable entusiasmo. Para comenzar, los jóvenes se reparten en pequeños grupos.

Luego se dirigieron a las aldeas o zonas de la ciudad que se les asignaron, seleccionadas dentro de un triángulo formado por las ciudades de Gijón, Avilés y Oviedo, para responsabilizarse por

ellas. Previamente se les informó sobre las misiones - y se les solicitó el correspondiente permiso - a los párrocos de esos lugares y al obispo diocesano. Esto es importante, pues sin el respaldo de las parroquias locales la tarea de los misioneros se haría muy difícil. “Cada párroco sabía que llegábamos”, dice Lisa. Los jóvenes se alojaron en sencillas casas apropiadas que la parroquia había puesto a su disposición. El corazón del grupo era una iglesia o una pequeña capilla. Los jóvenes las arreglaron y remodelaron cuidadosamente. Luego rezaron y celebraron allí la Sta. Misa.

“Hacer algo como esto, es un regalo para los jóvenes”

A la mañana los misioneros se ponen en camino por la ciudad o por el campo, llaman en cada casa, incluso en los edificios de departamentos, e invitan a la gente a conversar. Son muy escasas las posibilidades de que la puerta se abra rápidamente. “No es nada fácil acceder a la gente, sobre todo en las ciudades”, relata Lisa. Al principio la gente es desconfiada. Algunos ya conocen la Peregrina, lo que permite al misionero conversar con ellos. Al final de la visita el misionero invita amablemente para el programa de la tarde y de la noche, como por ejemplo, debates, Sta. Misa, conferencias o juegos para los más pequeños.

Al final del día Lisa reza la oración de la noche en la iglesia, junto con los demás misioneros. Está cansada. Pero la oración le da de nuevo ánimo, fortalece el sentido comunitario y la motiva cuando acechan las decepciones. “Las misiones te llegan a lo más hondo”. Se debe reflexionar primero sobre la propia fe antes de ir de casa en casa como misionero, subraya esta misionera, que ahora está en Alemania. “Hacer algo como esto es un regalo para los jóvenes. Se lo recomiendo a todos”, dice Lisa hoy, valió la pena asimilar los esfuerzos y las frustraciones. El próximo verano Lisa volverá a participar en las misiones, pero en Alemania, de casa a casa. ¡Ya se alegra mucho por ello!

Publicado en el Deutschen Tagespost el 28-2-09

Reproducido y traducido por una gentil autorización.